

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Palma, 32 dupdo., Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

CRÓNICA

NOTAS AL AIRE

De vez en cuando necesito pararme en el camino; deo caer los brazos fatigados, levanto la cabeza sudorosa, miro a lo lejos y a lo alto y respiro ruidosamente, hinchados los pulmones robustos con el aire puro de esperanza, que viene de allá, del horizonte luminoso, donde germinan los ideales.

Porque, señores, me ahogo aquí dentro, en este spoliarium de ilusiones, en esta mancebía política y social...

¡Miserias humanas!

El pobre Sisifo ha cargado de nuevo con el enorme pedrusco y comienza a subir la cuesta. Cuando llegue a la cumbre elevará una torre sobre la montaña. Habrá conseguido que todos los hombres de buena voluntad, unidos por la tolerancia recíproca, por la simpatía, por el amor, le ayuden en la empresa. Y escalará el cielo. Y robará a los dioses el fuego divino de la libertad, de la justicia, de la igualdad. Y habrá paz en el mundo.

Pero Sisifo, el pobre Sisifo, soñador y visionario, no cuenta con la ruindad de los que le rodean, ni con el odio de los dioses menores que guardan el fuego divino.

Allá va el desventurado, cuesta arriba, herido en la carne por las asperezas de la pendiente ruda y en el alma por las alevosías de sus hermanos que, ahora le abandonan, ahora le apedrean con injurias...

Y Sisifo se desploma sobre la empinada cuesta. Y la mole que conducía sobre sus espaldas, rueda de nuevo al fondo del abismo, entre las carcajadas de los impotentes de abajo y las maldiciones de los implacables de arriba.

Entre tanto...

Entre tanto, la humanidad estúpida, que es la mayor parte de la humanidad, sigue en su charca de miserias, guarreando sus dolores de bestia ó sus alegrías de garrón.

Hace pocos días lei en un periódico que la guardia civil, disparando sobre el pueblo amotinado, hirió de dos balazos en el vientre a una mujer preñada.

Y sentí, en toda su intensidad, y comprendí, en toda su grandeza, la trágica frase de Shakespeare: —¡Horror! ¡Triple horror!

Pero la guardia civil ha seguido disparando sobre el pueblo, que conducía sobre sus hombros el cadáver augusto de una obrera madre; convertido en ataúd y en mortaja de un venturoso hijo, por su fortuna no nacido a la impía explotación de los hombres y hurtado a la saña infame de los futuros guardias civiles.

Y ayer lei otra cosa: lei que un pueblo de la huerta de Murcia había celebrado su fiesta patronal; y describía el periodista el estallido de la alegría desbordada bajo un sol de fuego y un cielo radiante; y nos contaba cómo la tribu salvaje se retorcía de entusiasmo y se enardecía y se encabritaba olfateando la pólvora quemada á montones y oyendo el fragoroso estampido de los morteretes.

Y añadía como remate, para hacer honor á la cristiana caridad del pueblo jubiloso:

«Repártieronse vales de una libra de pan, para tres mil pobres.»

Tres mil libras de pan y tres mil pobres, es decir, tres mil hambrientos...

Y pólvora en salvas, y ruidosos morteretes, y campaneos de gloria, y un sol de fuego, y un cielo radiante.

¡Ay! Y un pueblo que desde Nerón á Alfonso XIII no ha variado, y como ayer pedía pan y circo, hoy pide pan y toros; y como antaño se arrastraba y moría bajo el carro triunfal de los tiranos, hoy se arrastra y muere bajo la misma tiranía, multiplicada y ampliada al taller, á la fábrica, á la mina...

Hubo un Espartaco.

El grito de rebeldía resuena eternamente á través del tiempo, á través del espacio, á través de la historia. Se agiganta en los cóncavos donde el dolor se retuerce bajo el azote de la miseria. Repercute, cada vez más resonante, en todos los pueblos y en todos los corazones.

El esclavo perpetuo se rebela algunas veces, más veces cada día, y el rumor estridente de las cadenas agitadas por brazos que se levantan amenazadores, llena la tierra con ecos de venganza.

Y de tumbo en tumbo, de revolución en revolución, siempre hacia adelante, con el peso abrumador sobre las espaldas, Sisifo, el pobre Sisifo, explotado en todas partes, sube siempre y siempre rueda hacia abajo, vencido por la miseria moral de los resignados, de los envidiosos, de los eunucos.

Y arde también eternamente sobre la altiva cumbre de la justicia, de la libertad, de la igualdad, penacho gigante de luz que iluminará la sociedad del porvenir.

Subamos de nuevo, ayudemos á Sisifo.

No abandonemos á los que luchan sinceramente por la conquista de ideales de redención.

ALEJANDRO LERROUX

Oh, el parlamentarismo!

El diputado A.—Señores: Obligado por la fuerza de las circunstancias, me veo en la triste, en la tristísima necesidad de dirigiros la palabra... Yo no soy orador...

Rancés. (Aparte.)—(¡Ya lo habíamos notado!)

El diputado A.—No vengo á traeros al Congreso el fango de la calle, ni los miasmas del pudriero, ni el aire viciado, caliginoso, letal de las sentinas...

Romanones. (Tapándose la nariz.)—¡Uf!

El diputado A.—Vengo á traeros la verdad, la pura verdad, la inmaculada verdad.

Un diputado de la minoría.—¡Eso! ¡Eso!

El diputado A. (Alzando mucho la voz para que se enteren en la tribuna pública.)—Yo he dicho en otra parte, y quiero repetir aquí ahora, que nuestro distinguido compañero el ilustre orador señor B. es un chanchullero...

Ariño. (Interrumpiendo.)—¡Esa palabra no es parlamentaria!

El diputado A.—Pues no la retiro... Es un chanchullero de primera clase...

(Agitación en la Cámara. Algunos miembros se levantan. Voces, escándalo. El presidente agita furiosamente la campanilla.)

El diputado A.—Señores: Tantos miles de duros girados de tal parte; tantos millones de pesetas por este concepto; cuatrocientos mil duros por un ferrocarril; otra cantidad análoga por una casa con ocho piezas y despensa; mil trescientas veintiséis pesetas cuarenta céntimos por un asunto todavía inédito... ¿Les parece á sus señorías que estos no son negocios?

Un diputado de la mayoría. (Aparte.) (¡Quién los pescará!)

El diputado A.—¡Y si fuera eso sólo! ¡Pero hay más!

Voces en la mayoría.—¡Las pruebas! ¡Las pruebas!

El diputado A.—¡Las pruebas! Voy á mostrarlas. Aquí las tengo. En el bolsillo interior de la levita.

(Momentos de silencio. El orador busca que busca en los bolsillos. Hace gestos de cómica desesperación.)

Rancés. (A Dato.)—(¡Parece que se está cacheando!)

El diputado A.—¡No las encuentro! ¡Las he perdido!

Voces en la mayoría.—¡Su señoría es un calumniador! ¡Las pruebas! ¡Las pruebas!

El diputado A. (Completamente desconcertado.)—¡Pero si yo las tenía aquí, en este bolsillo, y perdí en sus señorías el modo de señalar!

(Aumenta el escándalo. Se oyen voces de «¡fuera! ¡fuera!» Varios diputados de la mayoría, cantan á coro:

«Tengo dos lunares,
tengo dos lunares,
el uno junto á la boca
y el otro... donde tú sabes.»

(El presidente rompe la décima campanilla.)

El diputado A.—¡Señores!...

Voces en la mayoría.—¡Que se calle! ¡Que se calle! ¡Calumniador!

El diputado A.—Reconozco mi equivocación. He acusado sin pruebas. Retiro las palabras que hayan podido ofender á mi dignísimo amigo el

ilustre orador señor B. Hago mía la leal aclaración de aquel filósofo que escribía: «Donde digo digo, no digo digo, sino que digo Diego». ¡Perdón, señores, no lo volveré á hacer más! Y el caso es que las pruebas las debo tener en la otra levita. Insisto en pedir perdón á la Cámara. Me retracto de lo dicho... Donde digo digo... Cualquiera se equivoca... A veces no sabe uno lo que se hace... ¡Mea culpa! ¡Mea culpa!

El presidente.—Conste la honorabilidad de nuestro ilustre compañero señor B.

Todos los miembros se levantan y gritan:—¡Conste!

El presidente.—Y en cuanto al diputado señor A...

Una voz.—¡Que procure no equivocarse otra vez de levita!

Rancés. (Tarareando.)

«Tengo dos lunares,
tengo dos lunares...»

EL PADRE SANZ

Publicanos y rameras los precedían en el reino de Dios.—Evangélio según San Marcos.

Aunque es tan bruto como un cerrojo el jesuita Cándido Sanz,

goza influencia, grandes prestigios,

porque es ladino como el que más.

Todos los días recibe á aquellos que de él se quieren aconsejar,

y á consultarle cosas muy hondas

algunos hombres públicos van.

En él existe la suspicacia

del zorro; cosa muy natural

cuando se trata de un negociante

que se dedica sólo á explotar

las condiciones de los que juzga

que en sus amañes le servirán.

Ofrece mucho: no cumple nada.

Ruin mequetrefe sin dignidad.

Son sus devotas damas ilustres,

próceres graves, y un general

que así le dice: «Ya estoy en auge.

Ahora ¿qué guapo nos toserá?

Usted dispone como le plazca

del importante mundo oficial.

Usted me manda, que yo sus órdenes

sabe que acato sin vacilar.»

Aunque no abonan en favor suyo

ni su mirada dura y glacial,

ni sus modales de hombre grosero,

ni su figura tosca y vulgar,

ni su palabra tardía y torpe,

maneja el sable de modo tal,

que todos dicen que en esto el Padre

es un prodigio de habilidad.

Los graves próceres y las ilustres

damas de que hablo, sufren al par

los repetidos duros bloqueos

del jesuita que, con afán,

el arma tiene siempre dispuesta,

propicia siempre para atacar.

Son sus disculpas limosnas, dotes,

escuelas, círculos... Puro chantage.

Cuando él les dice: «- ¡Soldad la mosca,

porque es preciso»— todos le dan;

y unos por necios ó por fanáticos,

por calculistas muchos quizá,

lo cierto es que habla y al punto tiene

cuanto desea. ¡Feliz mortal!

¡Quién poseyera su desahogo

y su cinismo, para medrar!

De una señora que le protege

con el cariño y asiduidad

de tierna madre, disminuyendo

rápidamente va el capital,

que las argucias del jesuita

al fin y al cabo disolverán

entre sus manos, cual se disuelve

dentro del agua terrón de sal.

Con el dinero de esta señora

que sus setenta Mayos tendrá,

se hacen conventos, fúndanse asilos, obras que implican santa piedad; mientras los hijos al ver su herencia, como quien dice, volando ya, trinan rabiosos, y de la casa al jesuita quieren lanzar;

mas ¡claro!, cuenta con el apoyo de la otra, y dice que no se va. Allí él impera: ley su capricho es; soberana su voluntad.

Y los criados y el ama, cuando el Padre asoma por el umbral, la cerviz doblan humildemente, diciendo: —¡Salve! ¡Jamalajá!!

Dirige el Círculo de los Gonzagas y le preside, pues es el tal en ese Círculo rey absoluto.

Cuanto él dispone, bien hecho está. Y es repugnante por lo grosero, por lo indecente, por lo brutal,

que los Luises le soben todo, bien por delante, bien por detrás;

pero sin duda tales halagos

placer le causan muy singular,

pues corresponde con palmitos

dadas con mimo sobre la faz,

y pellizquitos entre las piernas

de los que forman su troupe filial.

No es que la cosa tenga malicia:

si la consigno, porque es verdad.

Por el detalle que dejo expuesto y otros que acusan algo anormal, especialmente por las señales

que en él se observan al confesar

á algunos niños típicos el Padre

á varios muestra su afecto—, más

de cuatro veces estuve á punto

de á voz en cuello decirle:—¡Sá!

La isla de San Balandrán.

Vivimos en aquella isla de San Balandrán, donde las mujeres hacían el oficio de varones.

¡Pero por qué no han de valer éstas tanto como los hombres?

No quiero remontarme á los felices tiempos de doña Juana de Arco, ni á los de doña Agustina de Aragón, las cuales supieron en verdad dar más muestras de ser varones fuertes de las que dieron el general Tejero y el coronel Zamora.

Pero sin remontarme á doña Juana ni á doña Agustina, pregunto:

Durante nuestras desastrosas guerras coloniales, ¿quién dió mayores pruebas de ser más mujer? ¿Alguno de nuestros militares, ó las bravas amazonas que iban al frente de las partidas machete en mano?

Tenemos medida á la mujer (y ¡ay! que también tenemos medidas á las farsas), la tenemos medida, digo, hasta en los tutanos de la sociedad española.

Pero cuando se trata de honrar á las intelectuales, aún hay hombres alevos que las critican creyendo ser así más varones. Y quieren serlo como los chiquillos que fuman prematuramente para echarlas de hombres.

Como gracia de niño se puede tolerar que los mocetes echen humo por las narices. Pero la conjugación del verbo fumar suele ser peligrosa cuando se trata de mujeres...

¡Oh, mujeres españolas! Podéis burlaros impunemente de vuestros maridos cuando éstos os hablen de sus energías varoniles.

Los tenéis metidos en el bolsillo, bajo el corsé, entre las faldas...

Cosen y zurcen ellos mientras vosotras lleváis el cetro.

Vestidos de camisón, cantan con los sacerdotes de La isla de San Balandrán, aquel famoso coro que hizo las delicias de nuestros abuelos y papás en los inocentes tiempos de Arderius:

«Planchemos la ropa de su majestad.»

Planchan las camisas de su majestad, y es más, las adornan con bullones, gorgueras, escarolados, randas y chorreras.

DON QUIJOTE



Sainete nuevo.
La Peña de los Obispos, ó la nueva guerra santa.



¡Todavía no se ha cansado de hacer el Tenorio!



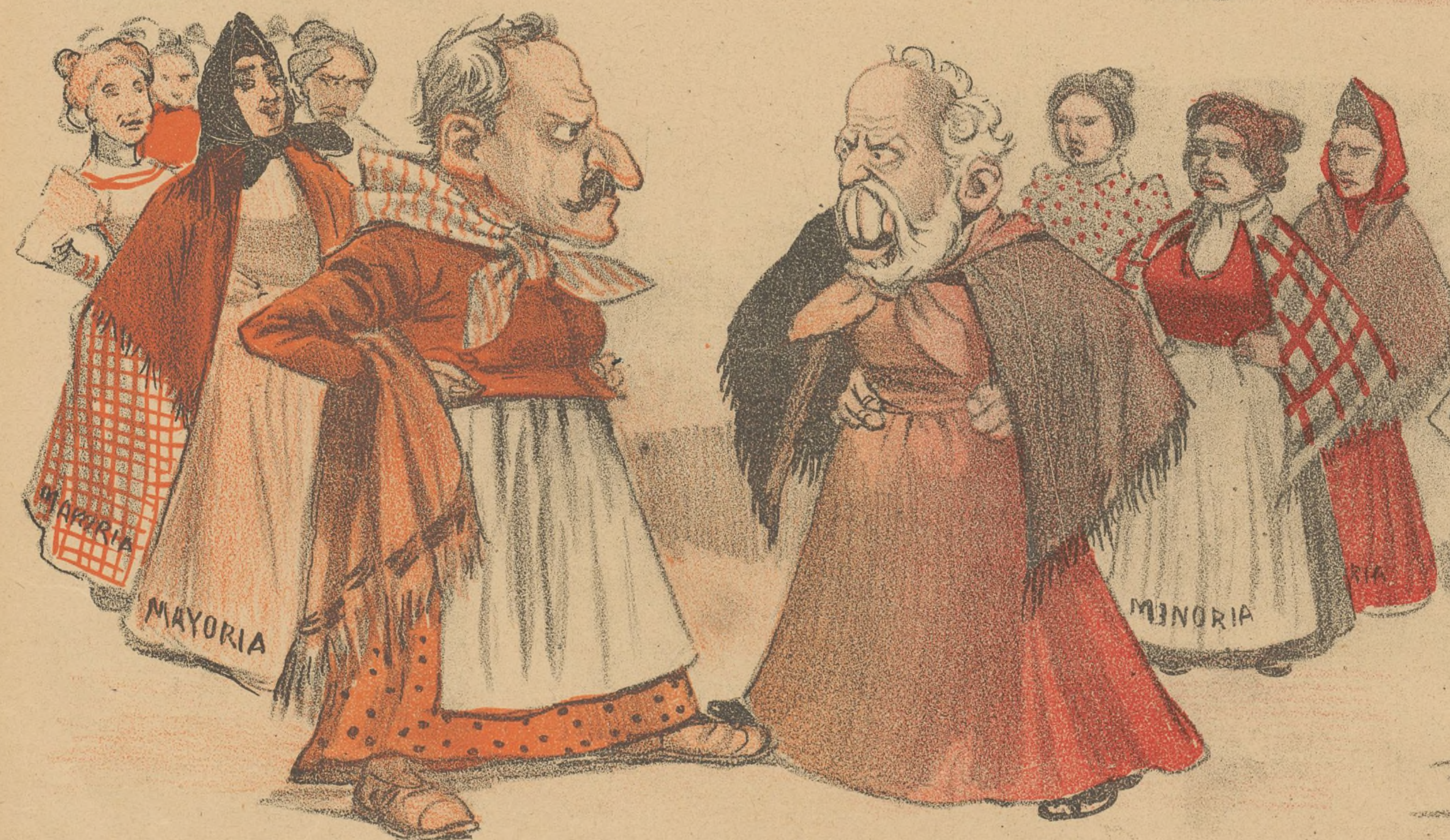
—¡No me toque usted á la Marina!



—¡El primer número de *La Dictadura*!



Sagasta.—La historia es tan semejante, que está en el fiel la balanza.



¡Oh el parlamentarismo!
Y acabarán por decirse las cuatro letras... esas.



Si, todos serán unos caballeros; pero á mí me han dejado sin más ropa que la que ustedes ven.



La canción de la pulga.
Sagasta.—¡No me la encuentro!

Ayuntamiento de Madrid

Entre planchas y más planchas va resultando que España se queda desnuda, porque la camisa de su majestad no le llega al cuerpo...

Vosotras los domináis, sí. Van ellos al confesionario, arrastrados de las orejas por vuestras delicadas manos.

O asisten contrita y humildemente a misa librito en mano y rodilla en tierra.

Ellos renuncian a las glorias guerreras cuando las notas del bélico clarín dan miedo a la señora capitana Canela o ponen en aprieto a la brigadiera Talegón.

Juegan a la contrajudía o a la brisca, mano a mano con el cura, si lo mandáis vosotras. Y tresillean con el fraile si vosotras lo queréis.

Ellos ponen el gorro frigio a los pies del altar si tal es vuestro deseo y gusto. Vestirían casulla si se lo mandarais y sobrepelliz si les dejarais sin postre. Si les dais martillo y clavos, clavan las placas de Corazón de Jesús en sus casas, aunque luego, en el café, las echen de espíritus fuertes.

Cantan letanías y comen el bendito pan de San Antonio en honra y gloria de vuestras enaguas. Se dejan gobernar por señoras reinas y niegan la emancipación femenina...

¡Cuando lo que hay que pedir hoy día en España es la emancipación masculina!

Vosotras, en fin, sujetáis a vuestros maridos, como los hijos del *Capitán Veneno*, del protagonista de la novela de Alarcón, sujetaban a su papá. Aquel fiero capitán aparece en el último capítulo de la obra puesto en cuatro pies y aguantando sobre sus espaldas el peso de desvergonzados chiquillos que le gritan:

—¡Arre, mula!

Vuestro destino, convenceos de ello, ¡oh españoles!, no es el hilo del destino, sino el destino del hilo y del crochet.

¡Refugiaos, pues, en vuestra hipocresía, en vuestro decaimiento cobarde y vil! ¡Oh varones!

Y ya que, como Diógenes, buscáis un hombre y no sabéis hallarlo, contentaos cuando menos con adorar a las mujeres.

Recordad la narración clásica, aquella narración inmortal, emancipadora del glorioso sexo femenino.

Había en Grecia un hombre burlón y le llamaban Aristófanes.

Hizo una famosa comedia para burlarse del eterno marido.

En la obra del griego, son las mujeres las que salvan a su patria.

Para conseguirlo se niegan a cumplir los deberes maritales, mientras sus envilecidos esposos no tomen las armas en defensa de la nación...

Porque aquellos hombres son la vergüenza y el lujubrio de su país...

¡Aprended la lección!

Si vosotras acometierais esa empresa, grande y patriótico sería el sacrificio, y ¡cuán pronto se regeneraría la nación!

Hacedlo, mujeres españolas.

¡Aún es tiempo!

Joaquín Costa lo ha dicho en Salamanca.

«La mujer salvará a España.»

Negad al español los placeres de vuestro amor al débito del matrimonio.

Veremos si despierta.

¡Guerra a sangre y fuego!

Y si las exigencias de vuestro sexo os impiden detener a veces la sangre, negadle a lo menos vuestro fuego...

Si así lo hiciérais, ya no habría marido cobarde, ni militar inepto, ni vergüenza impune, ni patria oprimida. No tremolarían en vuestras murallas sucias escobas y ruecas viles, sino muy limpias y fulgurantes espadas de represalia y de venganza.

¡Mas ¡ay! que no lo haréis!

Y si lo hiciérais, ¡mujeres castísimas!, con vuestra continencia causaríais la ruina y despoblación de España, porque vuestros maridos, resignados y sumisos, renunciarían fácilmente a los placeres de vuestro amor con tal de no molestarse en regenerar la patria, y perecerían raza y nación.

Multiplicaos, pues, ya que no crezcamos. Hilvanad en vuestras máquinas Singer el camión de los cobardes, aquel mismo camión que enviaban las damas cubanas a los señoritos de la acera de Louvre cuando se negaban éstos a guerrear en la manigua.

¡Proclamad al mirriñaque como señor y rey de nuestra España!

RODRIGO SORIANO

LA MUERTE DE MAC-KINLEY

¡Qué drama tan horrible! ¡qué tragedia!

No es la muerte vulgar del ciudadano que muere como todo lo que existe del Universo en los inmensos ámbitos. Morir es lo de menos, que la muerte es el fin natural de los humanos, y el acto más feliz de la existencia para quien muere del amor en brazos. ¡Pero cuán horribles las torturas del presidente ayer asesinado!

¡que agonía la suya tan horrenda entre angustias y vértigos y espasmos! En su delirio, envuelto por las sombras, todo su cuerpo de pavor temblando, y dolorida el alma como el cuerpo sin encontrar consuelo ni en el llanto, remorderían su conciencia turbia, si es que tienen conciencia los tiranos, los tiburones que en festín sangriento, en aguas de Cavite y de Santiago, devoraron los cuerpos juveniles de tantos marineros y soldados. En su oscura conciencia bramaría un Niágara de sangre de tagalos, que aún anega los campos filipinos para bien de los *trusts* americanos. Y vió en su mente la vecina Cuba, la víctima del dolo y el engaño, cubierta de cadáveres hediondos como su propio cuerpo tumefacto. Entre fatigas requirió la muerte como una salvación, como un descanso, y al expirar... ¡oyó las maldiciones de Lincoln y de Washington!

NICOLÁS ESTEVÁNEZ

La redención visible.

Dice el *Heraldo* del martes que causaba profunda pena ver a los mineros de Montceau que, vencidos por el hambre y los sufrimientos, volvían a sepultarse en las negras galerías, donde viven faltos de luz, de aire, de alegría, de amor.

Esto lo leí yo en el teatro de la Comedia, que, por ser martes, estaba hecho un ascua de oro.

La sociedad más elegante lucía allí sus galas. Cada palco era un ramo de flores mezcladas con brillantes, perlas, esmeraldas, y gasas y tisúes y plumas y brocados y cintas y finísimos encajes.

¡Qué animación, qué alegría! Todas las bocas reían; todos los ojos brillaban; las manos aplaudían; la felicidad flotaba en el ambiente.

¡Qué había ocurrido en Montceau? Nada, que los mineros salieron de las tinieblas y, llenos de andrajos, feos y repulsivos, se presentaron pidiendo unos céntimos más de jornal y una hora ó dos menos de trabajo.

Pero resulta que esos obreros no habían calculado que, si para ellos es de vital interés trabajar una hora menos y cobrar dos reales más, para los que explotan esas minas la concesión suponía un quebranto de intereses que bien pudiera traducirse en un collar de brillantes menos para la querida ó una *toilette* negada a la esposa.

No pensaron los gastos que supone la vida en nuestra sociedad eminentemente cristiana, en la que todo es caro, lo humano y lo divino; pues, por la noche, hay que lucir esplendores que cuestan millones, y por la mañana, ser bien recibido en iglesias y residencias jesuitas, a las que se regalan muchos miles de duros.

Si esos mineros hubieran recibido las llaves del reino de los cielos, muy otra sería su condición; pero esas llaves no las tiene nadie más que los jesuitas.

Sucedió, pues, lo que tenía necesariamente que suceder: que la sociedad culta y bien oliente clamó aterrada viendo a los energúmenos mineros: «Quitadnos esos hombres de delante; que se vuelvan a la mina.»

¡Cómo hacerles volver? Concederles lo que pedían, imposible. Matarlos, desastroso, financieramente considerada la cosa.

Al fin se hizo lo que aconseja la más sabia y fina ciencia estadística de nuestros tiempos.

«A ver, vengan unos cuantos batallones de infantería y otros tantos escuadrones de caballería; que acordonen a esos obreros. El Gobierno vela por los intereses de todos. Vosotros, obreros, ya lo sabéis; en cuanto hagáis un movimiento que no me guste, os abraso. Cuando os apriete el hambre, tened entendido que el pan está en el fondo de la mina, y nada más que allí.»

La huelga se ha resuelto pacíficamente, dicen todos los periódicos; los obreros han vuelto a las minas.

La paz reina en Varsovia.

Por eso, sin duda, reinaba la alegría en el teatro de la Comedia entre la *buen sociedad* cubierta de riquezas y de galas.

Claro, tenemos unos estadistas que poseen el secreto de la pacificación de los espíritus. Nuestros gobiernos, en muy pocos días, logran que las imponentes masas populares se tornen en mansísimos corderos.

¡Qué puede turbar la íntima satisfacción de las clases conservadoras?

Habla el *Heraldo* de la lástima que inspiraban los mineros huelguistas, y ¿a quién inspiraban esa lástima? Sería a Bonafoux, que es el que tales impresiones transmite; porque a mí y a todos los que pensamos cuerda y piadosamente no nos inspiran más que envidia.

Sí, envidia profunda, porque de ellos es el reino de los cielos que, indudablemente, debe valer más que el de la tierra.

Jesucristo dijo hablando a los pobres: «El mundo gozará, vosotros lloraréis y padeceréis; pero vuestra tristeza se tornará en alegría. Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico por la puerta del cielo.»

Ahora, díganos el que tenga un adarme de sentido común, quiénes son los dignos de compasión: si los que llenaban el teatro en la noche del martes, ó los mineros macilentos y famélicos de que hablaba el *Heraldo* en la misma noche.

Es que aquellas señoras pintadas y *storeadas*, lo mismo que aquellos hombres almidonados y *gardeniados*, cuentan con la promesa del cielo hecha por quien puede hacerla, que son los jesuitas, mientras que los mineros son gente poco piadosa y mal acondicionada que, a veces, llega a maldecir su suerte y, por tanto, carne de Pedro Botero.

¡Sí! Pues vamos todos a juramentarnos para guardar el más impenetrable secreto, por lo menos hasta que se dupliquen los ejércitos y se invente un fusil de más potente efecto que el mauser.

GIL BLAS DE SANTILLANA

SEVILLANAS

Estaba yo en el teatro de Apolo, durante la representación de una de esas obras que ahora se estilan, en las que tomando el autor por pretexto cualquier cosa y cualquier individuo, hace desfilar por delante de ellos tipos inaguantables, de puro manoseados, y cuerpos de coros que resultan, por la uniforme semidesnudez con que se presentan al público de algunos años a esta parte, tan manoseados como los tipos.

Tal era la obra que aquella noche se representaba en Apolo. Ojala el público con agrado, gracias a la música ligera y retonzona que la servía de salvavidas, y ojala yo también distraído en la contemplación de una muchacha que, ó mucho me engaño, ó vive destinada a ejercer de protagonista de un tomo cualquiera de los que publica la biblioteca *Demi-Monde*.

En tal momento preludió la orquesta las notas acariciadoras y vibrantes de una música popular, los acordes nerviosos de un baile andaluz, y juntamente con el sonido de aquellas notas, aparecieron en el escenario dos esbeltas figuras de mujer, ataviadas a la andaluza, vistiendo la una pantalón ceñido que descansaba, formando caprichosas arrugas, sobre dos pies calzados primorosamente, chaquetilla de terciopelo granate y faja de seda arrollada a un cuerpo flexible y quebradizo. Un *calañé* recogido y coquetón cubría la cabeza de esta mujer trajeada de hombre, y por debajo del *calañé* se destacaban unos ojos negros llenos de malicia, una naricilla remangada y burlona, unos labios entreabiertos con picaresca sensualidad y una mata de pelo rubio sobre la cual brillaban, descomponiéndose en múltiples matices, los rayos de luz que despedían las lámparas eléctricas.

La compañera de esta mujer, más baja que ella, morena, con el pelo de color de azabache, caído en rizados sobre la frente para servir de marco a unos ojos oscuros, grandes y apasionados, iba vestida con arreglo a su sexo y en traje acomodado a los gustos y tradiciones que conserva, en punto a indumentaria, el pueblo bajo de nuestra hermosa Andalucía. Un mantón de colores que se descolgaba graciosamente de sus hombros, extendiase, retorciéndose por la cintura, a lo largo del cuerpo, más que para cubrirlo, con la intención hipócrita de señalar, velándolos, el airado contorno del cuerpo, la elegante flexibilidad del tallo y la robusta curva de las caderas. El fleco del mantón se esparcía, como un haz de ramas blancas que se deshace, por encima de sus faldas a listas, ni tan corta que dejara en descubierta la pierna, ni tan larga que impidiese ver los pies diminutos de la *bailaora*.

Deliciosa pareja, que me hizo recordar las fiestas que se improvisan en el campo andaluz durante las noches de estío, cuando la luna, prestando melancólicas tintas al cielo estrellado y azul, se quiebra y desparrama medrosamente por los oscuros pámpanos del viñedo y por los troncos morenos de los olivos; y los acordes de una guitarra que suspira y ríe a un mismo tiempo, llenan el espacio de notas dulces y soñadoras, al compás de las cuales cantan y bailan mujeres hermosas, en cuyos labios palpitan mil deseos, que se transparentan en las pupilas de sus ojos, donde fulguran relámpagos de ternura y llamaradas de pasión.

Encantadoras noches que yo vi reproducidas en el escenario del teatro de Apolo con la presencia de aquellas dos jóvenes, que, siguiendo las cadencias extrañas de la música ejecutada por la orquesta, balanceaban sus cuerpos, tan pronto doblándose sobre la cintura para destacar las bellezas del busto, como replegándose un instante para avanzar luego la una hacia la otra con la cabeza echada hacia atrás, entornados los ojos, abiertos los brazos, palpitante el seno y estrechadas las caderas por un movimiento intermitente, lleno de sensualidad y de abandono.

En aquellos ademanes, en aquellos saltos, en aquel baile desordenado y estrambótico, en aquella música extraña, cuyo ritmo se burla de las reglas y se desarrolla a capricho, podría haber para esos temperamentos gastados que necesitan de un acicate que los espolee, un motivo de excitación; para mí había algo más. Aquel baile era el compendio de una raza; raza meridional, soñadora, ardiente, voluptuosa, donde viven todas las pasiones, caldeadas por un sol de fuego, y duermen todas las energías, ocultándose perezosamente bajo la sombra que proyectan los árboles del cortijo, y entre los quejidos que se escapan a las cuerdas de la guitarra.

De esa raza, soñolienta y hábil como otra alguna para diversión y para el placer, han salido raudales de armonía, hoy encerrados en libros y en poemas; tonos de color que viven la vida eterna del arte en lienzos y en museos; guerreros célebres y bandidos tan célebres como los guerreros, que por algo brillan en los ojos de estas mujeres que cantan y bailan, que aman hasta el frenesí y odian hasta el crimen, todas las pasiones, todas las energías y todos los heroísmos.

—¡Bah! dirá alguno: ¡y tales pensamientos se le ocurrían a usted en Apolo a presencia de dos *bailaoras*!

—Sí, señor, respondo yo; porque la presencia de aquellas mujeres, despertando mi espíritu, le hizo emprender una expedición deliciosa.

Ventaja que tenemos algunos pobres sobre ciertos ricos, los cuales, a pesar de todo su dinero, no pueden adquirir billetes para este género de viajes.

JOAQUÍN DICENTA

LIBROS

El editor Sempere acaba de publicar la cuarta edición de la novela *La Barraca*, de Blasco Ibáñez, ilustrada con un buen gusto y una delicadeza poco usuales en la librería española.

La famosa novela valenciana que acaba de publicarse en París traducida al francés, aparece en su cuarta edición española ilustrada con ochenta dibujos del notable pintor Antonio Fillol, grabados en los talleres de Gowry, que es uno de los primeros grabadores de Viena. La delicadeza con que está impreso el volumen y el arte con que aparecen estampados los grabados, hacen de *La Barraca* una verdadera joya editorial, que honra a la casa Sempere. No lo hubieran hecho mejor las librerías de París dedicadas a las ediciones artísticas.

Las principales escenas de *La Barraca*: el tribunal de las aguas, el entierro del *abuelo*, la lucha en la taberna, etc., aparecen fielmente interpretadas por el lápiz de Fillol.

El libro, con artísticas cubiertas a estilo francés, se vende al precio de 3,50 pesetas en todas las librerías, y es seguro que se agotará pronto, pues la edición es corta.

A punta de pluma.— Colección de hermosos artículos del gran periodista republicano Alfredo Calderón.

De venta en todas las librerías, al precio de cincuenta céntimos, así como los demás tomos publicados por la popular biblioteca «Colección Diamantes».

La casa editorial Lezcano y C.^a de Barcelona, que desde sus comienzos tantas pruebas ha dado de su buen gusto, acaba de aumentar el número de sus selectas obras con la publicación de cinco hermosos títulos del famosísimo conde León Tolstói: *El Trabajo*, *En busca de la dicha*, *El canto del cisne*, *El hombre libre* y *La aurora social*, estos dos últimos, lo más reciente que ha brotado de la pluma del fecundo autor de *Guerra y Paz*.

La presentación de estos tomos es, realmente, digna de elogio, y nunca, hasta ahora, habíase visto en España por el precio de una peseta, ni, sin duda, tampoco por otro mayor, libros que, aparte su indiscutible mérito literario, sean en sus condiciones materiales editados con tanta esmerulosa y elegancia.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

—Dicen que la forma poética está llamada a desaparecer. ¡Insensatos! ¡Mientras se fabriquen guantes en *Las Calatravas*, *Aleatá* 25!...

—¡Madres que tenéis hijos «a punto» de casarse! ¡Visitad el gran almacén de muebles de A. *Vallero*, *Aleatá* 17!

—La hora de la felicidad sólo la señalan los relojes de G. *Oña*, *Fuencarral*, 23. *La Hora*.

—Última frase de un grande hombre: ¡Qué lástima morir y no beber más los ricos vinos de la *Bodega del Jalón*, *Caballero de Gracia*, 56.

—¡La *Equitativa* de los Estados Unidos, *Sevilla*, 13! Si no existiese esa sociedad habría que inventarla!

Un amigo de la humanidad.

—Manos de dama no ofenden. Y si están calzadas con guantes de G. *Zurro*, *Carretas*, 14, mucho menos.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, *Fuencarral*, 102 y *Preciados*, 7.

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.